


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Pablo Aravena Núñez, *Pasado sin futuro. Teoría de la historia y crítica de la cultura* (Santiago de Chile: Escaparate, 2019).

Esteban Mizrahi

Universidad Nacional de La Matanza

emizrahi@unlam.edu.ar

Fecha de recepción: 30/08/2019

Fecha de aprobación: 17/09/2019

Pasado sin futuro. Teoría de la historia y crítica de la cultura, tal es el título de la nueva obra del historiador chileno Pablo Aravena Núñez que concentra varias de sus preocupaciones centrales sobre filosofía de la historia y teoría historiográficas ya presentes en *Memorialismo, historiografía y política. El consumo del pasado en una época sin historia* (2009)¹ y *Los recursos del relato. Conversaciones sobre Filosofía de la Historia y Teoría Historiográfica* (2010)². El título del libro condensa un nudo de significaciones. Por un lado, remite a que el pasado, tal como lo conocemos, ya no tendrá lugar en el futuro. Si las sociedades actuales están

1 Pablo Aravena Núñez, *Memorialismo, historiografía y política. El consumo del pasado en una época sin historia* (Santiago de Chile: Escaparate, 2009).

2 Pablo Aravena Núñez, *Los recursos del relato. Conversaciones sobre Filosofía de la Historia y Teoría Historiográfica* (Santiago de Chile: Programa de Magíster en Teoría e Historia del Arte, Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes, Universidad de Chile, 2010).

abroqueladas en un presente continuo, lo que François Hartog³ define como un régimen de historicidad presentista (cap. VII), el pasado pierde su capacidad para orientar las acciones de los hombres en el presente y también para señalar un futuro de realización. Por el otro, el título indica que, ya en el presente, la elaboración del pasado es una operación que no logra ofrecer la apertura de un horizonte futuro. En este trabajo, Pablo Aravena intenta sacar las implicancias que ello tiene para la práctica historiográfica y proponer una alternativa.

La pregunta central en torno a la cual gira la obra puede ser formulada del siguiente modo: ¿Cómo vérselas con el pasado cuando la historia ha perdido su lugar de *magistra vitae* y donde la conciencia reflexiva respecto de las operaciones destinadas a producir historicidad imposibilitan crear un relato para fundar comunidad? Sin lecciones para dar ni futuro que indicar, el quehacer historiador parece reducido a una práctica más o menos rigurosa de registro y conservación. En un régimen de historicidad presentista nada del pasado es especialmente relevante y todo lo es por la misma razón en la misma medida. Cualquier cosa puede ser considerada una suerte de archivo que, de manera análoga a como Leibniz lo hiciera en su *Monadología*, permita desplegar desde la descripción minuciosa de su ser la totalidad de las relaciones sociales implicadas en su mera existencia.

Sin embargo, no es esta la razón que explica el auge del patrimonialismo en la actualidad ni que éste sea perfectamente coherente con un régimen presentista. Por el contrario, como explica Aravena (caps. I y II), “los sitios patrimoniales se nos ofrecen como museos de la diferencia, pero rara vez como la encarnación de la más absoluta desigualdad, pocas veces uno cuenta, a la mano, con una explicación que deje en claro que ese calidoscopio de culturas estaba determinado por unas condiciones de explotación y por una estratificación social abismantes” (p. 25). Y más adelante concluye: “Descontextualizada de sus condiciones históricas la diferencia deviene en puro exotismo, se la vacía de su sentido para ser empacada como mercancía cultural” (p. 25).

Así las cosas subsiste una pregunta no menor: ¿para qué hacer historia en nuestros días? ¿Tiene sentido seguir viéndoselas con el pasado? La respuesta de Aravena es ambivalente. Si aún lo tiene, no es a costa de su trivialización por saturación de mercancía. Un pasado devaluado a

3 François Hartog, *Regímenes de historicidad* (México: Universidad Iberoamericana, 2007).

objeto de intercambio en los dispositivos de la gestión patrimonial, un pasado “a la orden del día”, no tiene sentido ni logra producir un extrañamiento con el cual entender el carácter artificial, construido y, por tanto, modificable del presente en que vivimos. Muy a la inversa, este pasado refuerza la contundencia del presente como orden incommovible. Si a ello se le suma que el neoliberalismo reinante produce “sujetos individuados a fuerza de la atrofia de su capacidad empática” (p. 43), la posibilidad de una “operación histórica” parece clausurada pues se han derribado los puentes que habilitaban cualquier tipo de comunicación entre la experiencia pasada de mundo y la actual.

Pero Aravena no se contenta con este diagnóstico certero y se lanza al rescate de una vía alternativa de acercamiento al pasado. Apunta a un desborde de la historiografía que suscite experiencias de “anacronismo” a través de un rescate del pasado en la facticidad de sus huellas y de lo que éstas parecen decirnos. Un “anacronismo” capaz de producir una toma de distancia respecto del presente y también cierta desconfianza frente a su carácter definitivo. Para ello retoma, en primer lugar, la distinción entre historia y memoria presente en los escritos de Benjamin (caps. V y VI). La historia es patrimonio de los vencedores; la memoria, en cambio, de los vencidos. De ahí que escribir una historia de los vencidos sea una suerte de falacia performativa, pues las formas narrativas, esto es, el acervo lingüístico disponible, es ya el botín de los vencedores: “La historia de los vencidos es un proyecto de justicia y ésta no ha de dársenos por una avalancha de libros de historia que ahora amplían los marcos de la fotografía mostrando el dolor pasado y las supuestas deudas presentes. El olvido no se cura con la historiografía, sino con la justicia” (p. 68). Pero “la justicia como memoria total” (p. 69) sólo llega de la mano de la acción política. Y ésta última sólo es posible, si el futuro permanece abierto como horizonte de proyección. Por ello, en segundo lugar, Aravena recupera del Marx de la *Ideología alemana* la intrínseca dimensión histórica del hacer humano (cap. VIII), es decir, la capacidad del hombre de hacer saltar los eslabones de cualquier determinismo para llegar a ser el resultado de su propia acción. La historia como disciplina se vuelve “un saber que despierta la potencia de la acción humana en cada presente” (p. 93). Por último, recurre a la figura de Gramsci para fundamentar una concepción de la “conciencia histórica” con la cual intervenir en el presente y “trazar un plano de la acción futura con reales posibilidades de realización” (p. 93). Tener “conciencia histórica” implica “ser capaz de una caracterización de las estructuras subyacentes, o de la porción del pasado que nos explica y determina a la

vez, y que nos proporciona materiales para crear lo nuevo ajustado al límite de lo posible” (p. 94). Si la “conciencia histórica” fuera eso, Aravena concluye que lo posible no es hoy el cambio inminente sino una nueva apuesta por la “larga duración”, habida cuenta de que “las estructuras históricas son bloques que podemos aspirar a modificar cuando ellos mismos se resquebrajan” (p. 97). Y este no parece ser el caso en la actualidad.

Por lo tanto, la línea argumental propositiva del libro pareciera ser la siguiente: hacer historia para hacer política; hacer política para hacer justicia; hacer justicia para redimir las aspiraciones vitales frustradas de los colectivos humanos vencidos. Y todo ello comienza con un modesto primer paso: recordar que el presente en el que vivimos es sólo uno de los múltiples resultados posibles, abiertos en el pasado pero clausurados por la acción humana de los vencedores; entender su carácter contingente, dar cuenta de los jalones que habilitaron su producción, permite avizorar un tiempo otro, distinto del actual aunque muy lejano, en que finalmente se haga justicia.

Si este fuera el planteo, sus presupuestos no dejan de llamar la atención. Reaparece en el centro de la escena el Hombre, como sujeto único que recorre la historia. Sujeto que llega a ser lo que hoy es debido a la puesta en marcha de decisiones vehiculizadas a través de disímiles prácticas de dominación sobre sus semejantes y no semejantes. No sólo eso. Esta historia tiene, o puede tener, un final feliz. Y esto depende de una oportuna toma de conciencia, es decir, de mantener viva la “conciencia histórica”. En última instancia, esta es la pieza clave que torna posible la redención del hombre por el hombre. Pero un planteo semejante: ¿no implica un retorno voluntarista a una régimen moderno de historicidad? ¿No es tanto más voluntarista cuanto mejor describe el presentismo actual? Si este fuera el caso, ¿cuál sería la ventaja de retornar a un régimen moderno que concluyó en nuestra realidad? ¿Una nueva oportunidad? ¿Cabe esperar otra conclusión cuando las premisas permanecen inalteradas? Y si la respuesta fuera negativa ¿qué hacer? ¿Flotar impávidos sobre la superficie de un presente sin fisuras? ¿Qué sentido puede tener la crítica historiográfica en un mundo posthumano? Estos son algunos de los muchos interrogantes que despierta este libro de Pablo Aravena Núñez. Una obra filosófica que, como tal, ha de ser juzgada más por la riqueza de las preguntas que suscita que por las respuestas taxativas que ofrece.